

# «Atrevernos a crear y amar, ya, a la humanidad que todavía no existe»<sup>1</sup>

---

MARÍA JOSÉ ARANA\*

## I. PREGUNTÁNDONOS

Parece que las Naciones Unidas comienzan a hacerse algunas preguntas que van por esta línea: ¿cómo sería hoy el mundo si las mujeres hubieran participado siempre en las decisiones políticas, sociales, sobre la paz, la salud, la economía? ¿cómo sería el panorama mundial en términos de migraciones masivas del Sur al Norte, provocadas por la desigualdad de oportunidades y la deficiente distribución de recursos? ¿cómo sería el panorama de niños y jóvenes que vemos deambulando por las calles de las grandes ciudades (especialmente en Latinoamérica) sin familia ni domicilio fijo?... En resumen, ¿cómo sería hoy este mundo? ¿habría menos guerras? ¿habría más tolerancia y más entendimiento?<sup>2</sup>...

Quizás podríamos hacernos preguntas semejantes respecto al mundo eclesialístico y religioso; por ejemplo: ¿cómo sería hoy la Iglesia Católica si las

---

\* Doctora en Teología. Presidenta de Confer-Vizcaya.

<sup>1</sup> La frase de este título pertenece a Albert Camus. Por otra parte, este trabajo, en su mayor parte, recoge y resume otros que realicé anteriormente, pero en cuyo mensaje quiero insistir desde diferentes frentes, en distintos momentos y con nuevas aportaciones.

<sup>2</sup> María Teresa Porcile, *Mujer, ¿esperanza de humanización?*, Uruguay 1994.

mujeres hubieran participado en su estructura, en las decisiones de gobierno, en las declaraciones teológicas y dogmáticas? ¿qué ambiente se respiraría en el culto y en las celebraciones? ¿qué diríamos respecto a la espiritualidad? ¿cómo sería la calidad de las relaciones? ¿cómo estaría encauzada la moral sexual? ¿qué eclesiología tendríamos y cuál sería el estilo de clero vigente? ¿cómo se habrían orientado cosas tan diversas como, por ejemplo, los concilios, la comprensión de la colegialidad, la del ministerio eclesial, o «los usos y costumbres» en práctica?... ¿Sería todo lo mismo o habría algunas diferencias importantes?... Y por último ¿cuál sería la imagen de Dios que nos sería más familiar?, ¿qué rasgos subrayaríamos?...

Es verdad que las influencias sobre el curso de la historia y de las instituciones son múltiples, pero, ¿no es ésta una variante muy importante aún muy insuficientemente estudiada?... No es la única, es verdad, pero ciertamente la cuestión de la discriminación secular de las mujeres y la desigualdad con respecto a los varones no es algo más o menos marginal; atañe a la Humanidad entera e incluso a la antropología, a la forma de ser hombre y de ser mujer. Así pues, afecta también a las instituciones –civiles y eclesiásticas– y sus repercusiones no son neutras. La economía, la política, la educación, el trabajo, el lenguaje, la sexualidad, el culto, nuestra idea de Dios..., todo queda resituado por la presencia o la ausencia de las mujeres.

## II. APUNTES ANTROPOLÓGICOS

Porque no es casual que el tipo de valores y de relaciones de cuya falta, sociedad e Iglesias adolecen, estén más en consonancia con los atribuidos secularmente a las mujeres, con el «ánima», con «lo femenino»<sup>3</sup>, con lo que está presente en todo ser humano, sea hombre o mujer, aunque

---

<sup>3</sup> Utilizamos la profunda investigación del psicólogo suizo C. G. Jung, para cuyo estudio, que recomendamos vivamente, remitimos a sus numerosísimas obras de fácil acceso en traducciones al castellano.

evidentemente, en proporciones diferentes. De la misma manera que el «ánimus» está relacionado con «*lo viril*», pero también presente en todas las personas. *Ánimus* y *ánima*, son energías vitales interiores que configuran a todos los seres humanos y en definitiva, a la Humanidad.

Pero «lo femenino» ha sido enormemente infravalorado y oprimido tanto en los hombres como en las mujeres, aunque de forma muy distinta. Por eso a nuestras estructuras, instituciones (también a nuestras Iglesias) y personas, les falta «ánima» y esto perjudica a la Humanidad entera: «Tenemos una ciencia machista, una sociedad masculina e Iglesias misóginas. Por eso vivimos en un estilo de sociedad pobre, sin la irradiación del *ánima*. Y las mujeres han sido las mayores víctimas de este estilo de vida»<sup>4</sup>.

Por supuesto que esto es verdad, pero además, es cierto que el *ánimus* también ha sido manipulado y desproporcionado en los varones, a la vez que oprimido y «suprimido» en las mujeres. En terminología china hablaríamos de la descompensación radical entre el *Yang* (lo masculino) y el *Yin* (lo femenino). Esto ha marcado a la Humanidad y el *ánimus* necesita ser rescatado y equilibrado<sup>5</sup>.

También desde la neurofisiología constatamos que entre los dos hemisferios del cerebro, se ha priorizado y estimulado el *hemisferio izquierdo* que propicia el pensamiento más analítico, lógico, abstracto, secuencial, el método, los conocimientos técnicos, etc... más en consonancia con *lo masculino*. Y no se ha concedido la misma importancia al *hemisferio derecho*, el que tiene mayor sensibilidad hacia las relaciones espaciales; su modalidad de pensamiento es más sintética, imaginativa, holística, a-causal y metafórica; más afín con la espontaneidad, la creación artística, etc..., en definitiva más afín a *lo femenino*. ¡Todo un síntoma de empobrecimiento!

---

<sup>4</sup> Leonardo Boff, *Nueva Era: la civilización planetaria*, Verbo Divino, Estella 1995, p. 84.

<sup>5</sup> M.<sup>a</sup> J. Arana, «Rescatar lo femenino para reanimar la Tierra», *Cristianismo y Justicia*, Barcelona 1997, núm. 78.

Por otra parte, en una de sus obras, Erich Fromm constataba<sup>6</sup>: «Una opinión que se oye a menudo es que el tremendo desarrollo del neocórtex ha hecho posible que el hombre posea una capacidad intelectual en constante aumento, pero que su cerebro inferior (en el que se desarrolla más lo afectivo y relacional) apenas se diferencia del de sus antepasados primates y, en consecuencia, que no se ha desarrollado emocionalmente y que como mucho puede manejar sus «impulsos» sólo reprimiéndolos o controlándolos». Evidentemente la consecuencia es que «hay razones para especular que las experiencias afectivas como el amor, la ternura, la compasión, y todo aquel afecto»... no se han desarrollado en la medida que sería necesario para un desarrollo equilibrado de la Humanidad y justamente esta dimensión ha quedado infradesarrollada, dificultando unas relaciones satisfactorias y plenas de las que la Humanidad está tan necesitada.

Las tres observaciones van en la misma dirección y confluyen. Dicho desde un lenguaje u otro, constatamos que este desajuste ha conducido a un empobrecimiento básico y antropológico que toca a la Humanidad entera, a la forma de ser, a la identidad de los hombres y de las mujeres y, por supuesto, afecta a la relaciones. El *ánimus*, pero, especialmente, el *ánima*, lo *femenino*, está sufriendo en los hombres y en las mujeres, en la Humanidad total... Por lo tanto, también quedan dañadas las instituciones, estructuras y demás formas de organización humana, a todos los niveles. Todo ello desvela una larga historia, conocida pero no siempre *reconocida*, de dominación secular, de opresión y marginación que deja huellas hasta en la antropología.

Esto explica que el tipo de valores, de actitudes y relaciones de cuya falta la sociedad adolece, y de las que el mundo actual está más necesitado, estén más en consonancia con los atribuidos a las mujeres, con el «ánima», con

---

<sup>6</sup> Erich Fromm, *La Revolución de la Esperanza*, Fondo de Cultura Económica, México 1970, p. 80. Él añade en nota esta observación importante: «esta opinión la sostiene, por ejemplo, un biólogo tan profundo como Ludwig von Bertalanfy».

«lo femenino»... Y como consecuencia veremos que a nuestro mundo, a las estructuras personales, políticas, sociales... e incluso a las eclesiásticas y espirituales, les falta «alma» (ánima), —«sin irradiación del ánimo»—, y les sobra formas excesivas del «ánimus».

En resumen, todo ello atañe al equilibrio humano y propicia unas relaciones rígidas y jerarquizadas, excesivamente basadas en el poder y en la burocracia que, relegando la dimensión femenina, absolutizan la viril, es decir, unas relaciones, descompensadas. Esta es una de las heridas más profundas y menos concienciadas aún de la Humanidad. Necesitamos «re-animar», dar «ánima» (que en traducción literal quiere decir «alma») a este mundo; esto viene a sugerir algo así como una tarea de rescate de lo femenino que a la vez propicie una revitalización, un desarrollo distinto para que la Humanidad cambie y crezca espiritual y personalmente de manera nueva, cultive la interioridad y vigorice el amor, imprescindible en el crecimiento hacia el que ella está orientada.

A lo largo de este artículo vamos a ir adentrándonos, poco a poco, desde la psicología, el trabajo y las imágenes de Dios, en la tarea de «rescatar lo femenino».

### III. NECESITAMOS CONCIENCIARNOS

Porque como expresa certeramente una sentencia Bahá'í: «El mundo de la Humanidad posee dos alas: una es la mujer y la otra el hombre. Hasta que las dos alas no estén igualmente desarrolladas, no podrá volar. Si una de las alas permanece débil, el vuelo será imposible»<sup>7</sup>. Efectivamente, pero, además al estar una de ellas excesivamente debilitada, la otra sufre las consecuencias del exceso, y así, también enferma. En verdad, aquí podríamos recordar aquello de que «lo que no tiene alas termina por caer»...

---

<sup>7</sup> De un escrito Bahá'í, cit. por Nekane Lauzurika, *Mirando al futuro con ojos de mujer*, Bilbao 1996, p. 19.

Existe una clara descompensación del «ánimus» y del «ánima» que se agudiza en los varones y esto no sólo distorsiona y empobrece, sino que ahoga y hiere las relaciones. Esta Humanidad necesita estar compensada. La marginación y la ausencia secular de las mujeres en la vida social, política, religiosa, cultural etc..., ha dejado huecos evidentes y la opresión sufrida, heridas profundas en la Humanidad. Caer en la cuenta de ello conlleva el deseo de una profunda transformación que incluya a todos y todas.

Porque, ciertamente, también los varones necesitan recuperar «lo femenino», a la vez, deben reorientar el «ánimus» y establecer, así, unas relaciones distintas. Las mujeres, no menos, necesitan fortificar el «ánimus» y re-encuentrar el «ánima». Tenemos que cambiar «los modelos» y hacer avanzar a la Humanidad entera.

Comenzamos a despertar tímidamente, pero, sin duda, las mujeres se han adelantado y la concienciación en ellas es más fuerte. El sufrimiento es y ha sido el vigoroso acicate en este proceso. Por eso, desde hace casi dos siglos, empezaron a crear los movimientos feministas laicos primero y, después los religiosos; iniciaron un trabajo lento, muy lento y costoso de concienciación y liberación. Desde ellos han ido expresando su disconformidad con el estrecho espacio que se les concedía; han reivindicado sus derechos que van más allá del de sobrevivir, han trabajado por hacerse un hueco en la sociedad, en las iglesias, en la vida y han propuesto otras imágenes, otras formas de vivir lo femenino. A decir verdad, nunca ha habido una corriente ideológica más incomprendida, menospreciada y ridiculizada; aunque también es cierto que no ha habido cambio histórico alguno sin sufrimiento.

Lucharon contra todo lo que abrumaba y abruma a las mujeres y en resumen a todos, pero fueron vituperadas. Porque casi nadie quiso enterarse del mensaje feminista, a pesar de que era claro y contundente: «Hace falta mostrar que la emancipación de las mujeres no es sólo algo que les interesa a

ellas, sino también a toda la humanidad. La emancipación de las mujeres será también la de los hombres» (Mme. Avril de Sainte-Croix, 1888)<sup>8</sup>. Ha supuesto mucho esfuerzo pero comienzan a aflorar, con dificultad, algunos frutos. Hay que agradecer a tantas y tantas mujeres el haberse adelantado en este trabajo tan duro y, en sus orígenes, tan poco gratificante.

No pocos autores están de acuerdo en decir que el nacimiento de los movimientos feministas supone uno de los cambios más importantes en la conciencia de la Humanidad, crucial para su crecimiento y maduración. Estarían de acuerdo con la conocida antropóloga, Margaret Mead que cuando le preguntaron cuáles eran, a su juicio, los momentos más decisivos del desarrollo humano a lo largo del tiempo, respondió con convicción: Hay cuatro períodos después de los cuales nada volvió a ser lo mismo: *a*) el período glacial, *b*) el de la evolución (salto vida-espíritu), *c*) la edad de la industrialización, *d*) «*los movimientos feministas*». Otros lo formulan de forma diferente pero suscriben la misma idea.

Porque este avance atañe a toda la Humanidad: ha despertado a muchas mujeres y comienza a hacerlo entre los varones; promueve una nueva mentalidad, una resituación y, sin duda, ha abierto caminos hasta ahora insospechados.

Por eso, algunos varones –todavía son una minoría– empiezan también a sentirse incómodos en los estrechos parámetros y modelos de virilidad heredados (de ello hablaremos más adelante) y comienzan también a comprender que es necesario «rechazar comportamientos *que ofenden la dignidad tanto del varón como de la mujer*»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Andrée Michel, *Le Féminisme*, Presses Universitaires de France, Paris 1980, p. 77. Mme. Avril de Sainte-Croix en la Asamblea de Washington, 1888 y recogiendo el pensamiento de Flora Tristán y demás feministas de la primera hora.

<sup>9</sup> «La Compañía de Jesús y la situación de las mujeres en la Iglesia y en la sociedad civil». *Documento de la 34.ª Congregación General*, (n. 3).

Porque, en palabras de Juan Pablo II: «La mujer no puede convertirse en objeto de dominio y de posesión masculina»<sup>10</sup>. Al varón no le beneficia en absoluto seguir dominando, por el contrario, le envilece; pero tampoco a la mujer el ser dominada e instrumentalizada.

El modelo vigente se está rompiendo y necesita resquebrajarse más; aunque continúa siendo absolutamente verdadero, lo que constataron los Jesuitas en la última Congregación General, cuando decían que «como muchos otros varones, tenemos tendencia a convencernos de que el problema no existe. Aun sin percatarnos de que hemos sido cómplices»...<sup>11</sup>. Esta es y ha sido una actitud muy generalizada entre los varones, aunque desgraciadamente, no sólo entre ellos. ¡Es un pesado bagaje cultural de siglos del que resulta difícil desprenderse!... Porque las mujeres han interiorizado durante milenios las actitudes de subordinación e incluso de automarginación y entre los varones se ha potenciado, en exceso, la fuerza y el orgullo de dominar. No puede haber liberación de la Humanidad si los varones continúan oprimiendo a las mujeres, pero tampoco si éstas consienten en seguir siendo oprimidas.

#### **IV. CRISIS DE LA MASCULINIDAD**

Sin embargo algo empieza a desmontarse también en ellos, aunque muy tímida y minoritariamente. Algunos se sienten oprimidos en los estereotipos que les obligan a reprimir sentimientos totalmente legítimos, actitudes como la empatía, vulnerabilidad, ternura etc..., y a fomentar las de dominio, poder, agresividad... más en consonancia con la idea de varón que ha imperado durante siglos.

---

<sup>10</sup> Juan Pablo II, «*Mulieris Dignitatem*», Carta Apostólica, 15 agosto, 1988.

<sup>11</sup> «La Compañía de Jesús y la situación de las mujeres»... *op. cit.* (n. 9)...

«Algo está moviendo los corazones de los hombres –dice Aaron R. Kipnis refiriéndose a los varones<sup>12</sup>–. Estamos empezando a rebelarnos contra muchas y penosas limitaciones de nuestros modelos tradicionales. Estamos buscando nuevas imágenes de la masculinidad que nos apoyen en una recuperación de los sentimientos, de la vitalidad, de la conexión con la naturaleza, de nuestros cuerpos, de nuestros hijos, mujeres y de otros hombres». Constatación clarividente que viene avalada por otros.

Algunos comienzan a preguntarse por su identidad. José Cristo Rey García Paredes lanzaba estos interrogantes: «¿Nos hemos preguntado por nuestra identidad en cuanto varones?», y sugería la necesidad de descubrir la crisis, aún subterránea, pero ya amenazadora: «¿Somos conscientes de *la crisis* que la nueva conciencia de la mujer nos provoca?»<sup>13</sup>. Pienso que es muy importante constatar esta influencia innegable y directa del *feminismo* y de la insatisfacción ya generalizada de las mujeres, en esta búsqueda que los varones han comenzado, aunque como anteriormente hemos dicho, tardía y minoritariamente.

No cabe duda de que el feminismo ha empujado y ayuda a despertar a los varones y no pocos así lo han reconocido. El Documento «Vita Consecrata» decía al final del Sínodo sobre la Vida Religiosa: «Es obligado reconocer que la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y organizar la vida social, política, religiosa y eclesial»<sup>14</sup>, o expresado por otros: «Esta situación –reconocen algunos hombres– ha comenzado a cambiar, sobre todo, a causa del despertar crítico y la protesta valiente de la misma mujer»<sup>15</sup>.

---

<sup>12</sup> Aaron R. Kipnis, «Imágenes olvidadas de la masculinidad sagrada», en AA.VV. *Ser Hombre*, Kairós, Barcelona 1993, p. 63.

<sup>13</sup> José Cristo Rey García Paredes, «Seducción de Jesús. Contemplación meditativa de la "Vita Consecrata"», *Cuadernos CONFER*, núm. 4, p. 28.

<sup>14</sup> Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, Madrid 1996, núm. 57.

<sup>15</sup> 34 Congregación General de la Compañía... *op. cit.*, (n. 3).

Pero todo esto es nuevo. Solamente hacia los años setenta, y sólo desde la sociedad civil, comenzó a hablarse del «malestar masculino», de «dar nombre a las heridas masculinas», y surgieron las primeras propuestas para una nueva tarea: «repensar la virilidad». El imperativo «sé hombre», cargado de presiones y escuchado desde la niñez, empieza a resultar excesivamente enojoso para algunos. Porque no todos los varones se sentían cómodos, atrapados en una imagen dominadora y competitiva, adoptando modelos de virilidad casi caricaturesca, recibidos del pasado, y ahogando expresiones, emociones y sentimientos totalmente legítimos, pero tenidos y temidos como «inadecuados» y «femeninos». Eso empobrece el ser entero, no sólo en la esfera afectiva y emocional sino prácticamente, en todo. En el fondo todo esto va provocando en ellos una inconfesable inseguridad, desajuste y desconcierto.

Así pues, algunos se hacen conscientes de ello, intuyendo un cambio y asumiéndolo como un reto. En esa misma época, se inician los estudios psicológicos, biológicos..., científicos. Por primera vez surgen los «Men's Studies», las revistas especializadas e, incluso, algunos fundan grupos organizados de liberación masculinos que tratan de estudiar a fondo este fenómeno y exponerse a sus consecuencias. Todo ello nace principalmente en Estados Unidos, pero también los podemos encontrar en Australia, en el Norte de Europa, en el mundo occidental. Conocemos menos su historia, pero existen y creo que es justo darla a conocer y promoverla. Los modelos anteriores comienzan a considerarse desfasados y obsoletos, más aún si se tienen en cuenta los avances en la redefinición y resituación hechos por las mujeres y que obligan a repensar de raíz las de los varones.

Algunos, como por ejemplo Cooper Thompson, piensan que «debemos rechazar la masculinidad tradicional»<sup>16</sup> y, por supuesto, sugiere que debemos caminar hacia otros modelos y paradigmas femeninos y masculinos más

---

<sup>16</sup> C. Thompson, «Debemos rechazar la masculinidad tradicional», en AA.VV, *Ser hombre*, Kairós, Madrid 1993, pp. 28-38.

integradores. «El hombre que es por naturaleza analítico, fragmentador, racionalista de la realidad, debería hallar su plenitud en las formas de vida totalizantes de lo femenino que actuaría en este caso como mecanismo compensatorio en la integración de su personalidad», decía P. Bourdieu<sup>17</sup>. Porque como se pregunta Tehillard de Chardin: «¿No es *lo femenino* la sensibilidad y la llama de nuestro ser?»<sup>18</sup>. Sin esa «sensibilidad», sin esa «llama», la Humanidad se empobrece sustancialmente.

En esta línea, los jóvenes jesuitas de México<sup>19</sup>, el año 1999, proponían, para sí mismos, cultivar la amistad, la cercanía..., en resumen, «una nueva sensibilidad» que incluye valores y actitudes más «afectivos» y fraternos, más en consonancia con «lo femenino», con «el ánimo».

No son los únicos. También se habla de redescubrir y recobrar la paternidad, la vida familiar y afectiva desde unos parámetros nuevos, más cálidos y cercanos.

Algunos estudiosos, antropólogos, filósofos etc..., delatan las raíces y el hecho de que la sociedad patriarcal ha amenazado y «saqueado» el mundo ancestral y simbólico matriarcal, naturalista y que este hecho desemboca, según ellos, en un empobrecimiento básico y en lo que llaman también «el malestar de nuestra cultura», porque: «Tanto una agresión desde fuera como una represión desde dentro de esta estructura matriarcal naturalista provoca en el cuerpo social, dentro y fuera, un perceptible malestar. Precisamente *el malestar de nuestra cultura*»<sup>20</sup>.

---

<sup>17</sup> P. Bourdieu, *Esquisse d'une theorie de la pratique*, Geneve-Paris 1972.

<sup>18</sup> Recogido por H. Lubac, *El Eterno Femenino*, ed. Sígueme, Salamanca 1969, p. 27. (9, III, 1918).

<sup>19</sup> Encuentro de Escolares Jesuitas de la Asistencia de América Latina Septentrional, México, 14 de julio a 8 de agosto, 1999.

<sup>20</sup> A. Ortiz Osés y F. K. Mayr, *El matriarcalismo vasco*, Publicaciones Universidad de Deusto, Bilbao 1981, p. 71. También «Hacia una psicología de nuestra cultura», *Rev. Bicicleta*, núms. 29-30.

Harvey Cox expresó así las consecuencias globales de la descompensación humana: «Pienso que la destrucción de la Naturaleza lo mismo que la continuidad del dominio masculino están, hoy en día, íntegramente ligados a un estado de ánimo igual, ansioso de lucro, que nos priva de relaciones profundas y de la experiencia directa»<sup>21</sup>. Esta referencia a las consecuencias directas sobre las relaciones, a su empobrecimiento y deterioro, es sumamente importante, es holística y afecta también a las instituciones.

Es ésta una tarea urgente y prioritaria para la Humanidad, porque «hoy más que nunca, la causa de la mujer es la causa de toda la Humanidad» (Boutros Ghali); no sólo de las mujeres, sino de la Humanidad entera. Estoy totalmente convencida de que el cambio de mentalidad en esta materia –como en tantas otras cuestiones– es fruto del trabajo arriesgado y difícil que comenzaron ya, hace tiempo, las mujeres.

Pero el cambio en ellos es necesario y asoma aún muy débilmente y «las mujeres que observan esos mutantes *con ternura*, contienen la respiración»<sup>22</sup>. Esta ternura es muy importante, colorea y acompaña de forma especial esta expectación ante un posible «nuevo nacimiento».

Vamos llegando a la conclusión de que hombres y mujeres necesitamos una seria *re-situación*. Además, sin duda, todo ello, esta necesidad de cambio, es consecuencia de la evolución humana y supone el avance en la *concienciación*, en la *clarificación de la conciencia*, que la evolución implica y desarrolla paulatina pero imparablemente.

---

<sup>21</sup> H. Cox, *L'Appel de l'Orient*, Seuil 1979.

<sup>22</sup> Elisabeth Badinter, *XY La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid 1993, p. 224.

## **V. RESCATAR «LO FEMENINO»**

Pero este nuevo nacimiento y la profunda sanación de la que están necesitadas las relaciones humanas, la curación ecológica –totalizante, inclusiva– pasa por un proceso psíquico y espiritual hondo, que afecta a hombres y mujeres y a toda la creación. Pasa por un proceso liberador y creador.

Exige un cambio, una conversión relacional radical. Convoca a la reciprocidad masculino-femenina desde la alteridad, desde el mutuo re-conocimiento. Exige la aceptación de la diferencia, la recuperación interior del *ánimus* y el *ánima* tanto en el hombre como en la mujer. De esta forma conduce al aprendizaje para captar la energía que brota de los opuestos, de la multiplicidad y de saber situar los contrarios y dialogar con lo distinto. Es un proceso terapéutico arduo, trabajoso y gratificante a la vez, que conduciría a una nueva relación más espontánea e igualitaria. Exige unos modelos y valores nuevos también desde la experiencia espiritual honda que se deja abarcar por el Dios –materno y paterno– de la vida.

Desde las necesidades de este mundo, desde la ética y la teología comienzan a reclamarse más y más la misericordia, la piedad, la fidelidad, la ternura, la vulnerabilidad, la compasión, el cuidado de la vida..., actitudes y virtudes todas ellas tenidas como bien «femeninas», como expresiones del «ánima» equilibrada, que apuntan a la esperanza de una posible curación relacional. El «derecho de la misericordia», «la solidaridad compasiva», «la ética de la piedad», la necesidad de unas relaciones en las que el amor y la ternura se expliciten..., expresan algo más que un vago deseo en algunos sectores minoritarios. Por el contrario, todo ello es signo de una sensibilidad nueva que emerge aún tímidamente y una llamada a sustituir la agresividad competitiva (masculina) por la compasión solidaria y cooperativa (femenina), donde el espíritu de colaboración sustituya a la orgullosa competición.

Se vislumbra la necesidad de un cambio espiritual y cultural que afecte profundamente a las relaciones y a la comunicación humana; una forma dialogal cualitativamente distinta.

Es un paso de la «verticalidad» jerárquica a la vivencia más «horizontal» y solidaria de las relaciones; el paso de la «complementariedad» a *la alteridad, la reciprocidad y el reconocimiento en la diferencia*. Las mujeres tenemos que hacer aquí una aportación indeclinable para el bien de toda la creación y de la humanidad completa, pero es necesario que nuestra voz sea escuchada y nuestra compañía aceptada y comprendida. Es necesario también entrar con humildad y valentía en ese proceso de purificación y re-creación.

Una ética realista y universal reclama un cambio básico, una conversión total en las relaciones ya muy deterioradas y empobrecidas, como primer instrumento de paz y concordia en la justicia. Las mujeres no pedimos ningún favor ni limosna, exigimos el restablecimiento de unas relaciones igualitarias y fraternas queridas por Dios y a las que toda la Creación tiene derecho, y ofrecemos la mano de la reconciliación y cooperación. Esto es mucho más que una reivindicación interesada, es una denuncia alertadora y urgente.

## VI. CONJUNTAMENTE CON LOS VARONES

Para ello hay que desarrollar «las dos alas», la que es más corta habrá que potenciarla más, la otra habrá que equilibrarla. Es pues una tarea a realizar conjuntamente, hombres y mujeres; todos y todas hemos de cooperar porque es una responsabilidad que hay que entenderla como común, corresponsablemente, y por lo tanto debe ser compartida.

La secretaria general de la V Conferencia de la ONU, Gertrude Monguella, recordó al final del evento el camino efectuado por las mujeres y lanzó esta invitación a los varones: «Las mujeres siempre lucharon al lado de

los hombres contra la esclavitud, la colonización, el *apartheid* y por la paz. Que los hombres se unan con las mujeres en su lucha por la igualdad»<sup>23</sup>.

La constatación de esta realidad es muy importante y totalmente verdadera. Comporta un reconocimiento histórico y da también una idea de la perspectiva e intereses globales que estuvieron siempre presentes (aunque no reconocidos) en la lucha liberadora de las mujeres. Sin embargo el argumento es mucho más profundo porque como venimos insistiendo a lo largo de estas páginas, los varones también necesitan cambiar y necesitamos cambiar conjuntamente y el trabajo de sanación y reconciliación que esta Humanidad necesita ha de realizarse en cooperación.

Lo femenino sin lo masculino conduce a la pasividad, la subordinación, la sensiblería... De la misma forma que lo masculino sin lo femenino promueve la agresividad y la dominación que conducen a la violencia. Necesitamos equilibrarlos y lo podemos disociarlos.

C. G. Jüng advierte de algunos peligros serios de esta disociación y de la pérdida del *ánima* especialmente en los varones, y dice que en tales casos se pierde la conexión con lo inconsciente compensador, y continúa: «En tales casos lo inconsciente suele producir emociones de naturaleza excesiva, como irritación, falta de autodomínio, arrogancia, sentimientos de inferioridad (que necesitarán ser compensados), caprichos, arrebatos de ira y otros similares, a todo lo cual se unen la falta de autocritica y las correspondientes perturbaciones en los juicios, errores y obcecaciones»<sup>24</sup>... Indudablemente hombres y mujeres, más ellos que ellas pero ambos, están expuestos a estas disociaciones y exageraciones. Pero una sociedad que exila al «ánima» se endurece.

---

<sup>23</sup> Cit. por Nekane Lauzurika, *Mirando al Futuro con ojos de mujer*, Desclée de Brouwer Bilbao 1996, p. 19.

<sup>24</sup> C. G. Jüng, *Psicología y Simbólica del Arquetipo*, Paidós Ibérica, Barcelona 1992, p. 197.

Por otra parte las mujeres necesitan fortificar el *ánimus*, que, aunque masculina, también «es la fuerza del alma de las mujeres», les ayuda a afirmarse en el mundo exterior, «es una profunda inteligencia psíquica con capacidad de actuación» reside en ellas y lo necesitan para crecer y vigorizarlas. El desarrollo del *ánimus* varía de mujer a mujer pero en todas es necesario que crezca porque es necesario «que una mujer tenga en su psique un *ánimus* fuerte, clarividente, capaz de oír tanto en el mundo exterior como en el subterráneo»<sup>25</sup>... El alejamiento de las mujeres de su *ánimus* también es peligroso, les hace perder la confianza en sus decisiones, y experimentan una «enorme pérdida de energía», se debilitan y son víctimas del cansancio, del abatimiento, reduce su rendimiento...

### **Lo masculino necesita de lo femenino y a la inversa**

Necesitamos restaurar el equilibrio psíquico de los hombres y de las mujeres y necesitamos hacerlo en cooperación creativa; es un trabajo conjunto de liberación. Provoca un aprendizaje arduo y comunitario. Es una tarea compartida para la que es necesaria mucha comprensión, valentía, paciencia, escucha, sabiduría..., y en definitiva, mucho amor. El amor es la energía fundamental de la vida y de las relaciones; de ahí brotan las posibilidades de transformación, acompañamiento y búsqueda.

«El amor cambia el mundo», dirá Teilhard. El amor re-anima, re-hace, re-vigoriza desde una corriente de sim-patía interior capaz de atravesar internamente el mundo.; si es un amor unido a la comprensión y a la inteligencia... Abre nuevos caminos y posibilidades de esperanza. El amor brota del espíritu y conduce al Espíritu, esencial en la transformación humana, en esta auténtica nueva creación de la humanidad que hermana a hombres y mujeres y los transforma, los llama a re-vitalizarse desde el corazón mismo

---

<sup>25</sup> Clarissa Pinkola, «Mujeres que corren con lobos», *op. cit.*, pp. 334-339.

de Dios que es amor. Pero el amor no sólo no excluye la sinceridad, sino que la implica, así como incluye la valiente y decidida voluntad de cambio.

No se pueden continuar aplicando modelos caducos y obsoletos del pasado, se trata de ser fieles al futuro, a la búsqueda de una mentalidad relacional nueva; en igualdad, compañerismo y colaboración; en alteridad y mutuo reconocimiento; dejando que la energía fluya y brote de la multiplicidad y se produzca el diálogo. El diálogo entre el *ánimus* y el *ánima* no sólo les proporciona integración sino también el desarrollo de ambas y el crecimiento de una forma nueva.

## VII. EL TRABAJO DEL CORAZÓN<sup>26</sup>

La filósofa jünguiana, Marie Louise von Franz, refiriéndose a la gran evolución del siglo xx en las cuestiones relativas a la sexualidad y a las relaciones humanas, indudablemente cuestiones nunca acabadas, invitaba a dar un paso más, y señalaba que ahora debemos afrontar un problema mayor e irrenunciable: el de «*la liberación del corazón*». Podemos extenderlo aplicándolo a un trabajo más global. Franz Alt afirma que: «La liberación del ser humano significa en primer lugar, descubrir el alma (el corazón) y cultivarla».

Algo así intuía también el poeta R. M. Rilke entendiendo que la mentalización, en muchos de estos asuntos está hecha, pero que el desafío, el trabajo que queda por realizar, está en lo que llama «*el trabajo del corazón*». Porque si se quiere llegar a hacer un trabajo verdaderamente serio y eficaz, hay que llegar más adentro, tocar «la mística de la energía del alma»<sup>27</sup> y revitalizarla. Ahí encontramos los resortes interiores. Es una

---

<sup>26</sup> María José Arana, «Un año de Gracia. Rehacer el alma y reconstruir el mundo desde el corazón», *CONFER*, vol. 39, núm. 152, 2000.

<sup>27</sup> Expresión utilizada por Clarissa Pinkola Estés, *Mujeres que corren con lobos*, Barcelona 1998.

tarea absolutamente indispensable para provocar una nueva visión de las relaciones, del amor y un nuevo modo de discernirlo, vivirlo y de expresarlo, apuntando al crecimiento y al bienestar de la Humanidad.

El trabajo, el cuidado del corazón es fundamental para llegar al fondo de lo masculino y de lo femenino e integrar la Humanidad. Es fundamental como lugar y radar de una nueva forma de integración, de espiritualidad, simboliza el amor y promueve un cambio transracional de la conciencia desde lo más profundo.

Nuestro corazón es fuente inagotable de vida y de dinamismo. Nuestro potencial y nuestra brújula están dentro de nosotros y nosotras, y nuestra energía en el centro de nuestro corazón. Lo importante es «entrar» en él, alimentarlo. ¿Cómo alimentamos nuestro corazón?...

Ciertamente, es fuente inagotable de vida, sin embargo hay muchas maneras de «perder el alma», el corazón, y por ello, necesita constantemente ser vigorizado y desde él podemos empezar a reconstruir. Quizás podamos interpretar así las palabras del profeta: «Aplicad vuestro corazón a vuestros caminos» (Ageo, 1, 5), a vuestra vida, a vuestras obras, ¡trabajad con él y desde él!

- El libro de los Proverbios nos propone un trabajo íntimo y delicado: «Cuida tu corazón porque de él brotan las fuentes de la vida» (Pr 4, 23). Sin duda, esas fuentes podemos acrecentarlas, pero desde dentro, la fuente está en el interior y esto exige esmero, sabiduría, mucha atención.

Ese espacio, el del corazón, hay que cuidarlo porque es vulnerable y puede llegar a ser muy frágil... Hay que cuidarlo porque de su capacidad dependen los sentimientos, la percepción, el amor, la captación del misterio de la vida... Porque es el centro absolutamente dinámico de irradiación, de concentración y de relación, porque es fuente de vida. «Cuida tu corazón», ¡aprende a cultivar la interioridad!... Ahí donde cualquier cosa perdida se

puede recuperar; en ese espacio en el que es posible rehacerlo todo... Es lugar de «re-nacimiento» y fuerza de crecimiento.

Entrar en el corazón y trabajarlo, quiere decir adentrarnos en esas profundidades y posibilidades de vida, y comenzar un trabajo artesanal en las relaciones. Esta tarea brota de la raíz-amor y pretende entrar en las personas, en la realidad, en el mismo Dios, pero de otra forma.

Hemos de intentar una re-educación relacional. Como decíamos antes, las relaciones humanas nos resultan no sólo insatisfactorias y frustrantes, sino también las sabemos causa de desajustes extremadamente dolorosos. Las relaciones pueden ser causa de agresividad y de destrucción, pero también pueden ser fuente de vida, de espiritualidad y de reconstrucción.

Hemos de cambiar el paradigma; el cuidado de la vida, de los sentimientos, la calidad interior y de las relaciones es fundamental. Nos vamos haciendo más y más conscientes de la necesidad del calor, de la cercanía, de la comunicación..., más en consonancia con el ánimo. Vamos captando la importancia de pasar de unas relaciones jerárquicas, desiguales, competitivas e injustas, a otras más igualitarias, recíprocas y fraternas, en realidad de unas relaciones endurecidas a otras más humanizantes y cálidas. Un trabajo así, esta transformación ha de realizarse desde el fondo del ser..., sólo desde el corazón es posible, y ese mismo corazón nos irá dando pistas de cómo realizarlas.

## **VIII. JESÚS NUEVO MODELO DE TRATO CON LAS MUJERES**

Necesitamos un modelo paradigmático de unas relaciones hombre-mujer no jerarquizadas, más comunitarias que sin miedos ni dominaciones se reconocen en alteridad y en reciprocidad. El fundamento teológico está basado en el misterio de la Encarnación. En ella, Dios mismo se hace solidario,

compañero y colaborador con los seres humanos y establece unas relaciones nuevas. Y en Jesús, que «se hace uno de tantos», estas relaciones se nos hacen visibles y cercanas.

Las relaciones de Jesús con la gente, con los marginados y especialmente con las mujeres son sorprendentes, absolutamente innovadoras y están cargadas de sentido liberador e inclusivo; comunican amor y están llenas de una compasión que dignifica. Anticipan las relaciones nuevas porque están repletas de sentido comunitario y liberador; están desprovistas de rigidez y de dominio; por eso no son opresivas ni paternalistas y así anuncian las relaciones reconciliadas. Por eso eran globales y afectaban a toda la existencia; y cuando Jesús cura, sana el alma, y cuando salva, integra en esa salvación toda la existencia y así, cura el cuerpo. Él cura la existencia y la redime. Sus milagros son un signo del amor desbordante del Dios compasivo y misericordioso. Es la Gracia de Dios que se nos acerca, se hace visible y salva: «acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os aliviaré» (Mt 11, 28)...

Él entendía de otra forma la culpabilidad y las leyes sociales y religiosas de su época, desterrando la hipocresía y viviendo la misericordia: «Aquél de vosotros que esté sin pecado, que arroje la primera piedra» (Jn 8, 7)... «Yo tampoco te condeno. Vete en paz y en adelante no peques». Los Padres de la Iglesia no quisieron comentar este texto en el que Jesús, según ellos, se muestra «excesivamente» indulgente... Pero Él vino «no a los sanos, sino a los que están mal» (Lc 5, 31), «a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10).

Sus relaciones engendran una justicia nueva. Las bienaventuranzas son un código de unas relaciones nuevas y denotan un ser integrado y equilibrado.

Se hizo tan cercano que también recibió de «ellas», que es la forma de dignificación más delicada; las recibe en su seguimiento desde el comienzo, desde Galilea, como auténticas discípulas, *siguiéndole* y *sirviéndole*, en eso consiste el discipulado, con sus bienes (cfr. Lc 8, 1 y ss.).

Él se sentó a enseñar la Ley a María la de Betania (Lc 10, 38 y ss.) a pesar de que estaba prohibido a los rabinos el instruir a las mujeres y que «mejor fuera que desapareciera entre las llamas la Tohrá antes de que fuera entregada a las mujeres» (Rabí Eliezer) y de que «el que charla mucho con una mujer atrae la condenación, se mantiene lejos de las palabras de la Tohrá y su fin es la Gehena» (P. Abot 1, 5c.); Jesús no sólo ignoró el consejo, sino que aseguró que ella había escogido la mejor parte y animó a Marta también a escucharle, a «oír la palabra y guardarla», que eso es «seguir y servir», eso es el discipulado en el que Jesús quiere incluir, de forma igualitaria e inaudita, a las mujeres.

Un autor del siglo XIII, Abelardo<sup>28</sup>, describe preciosamente este don aceptado de las mujeres: «El Señor llevó hasta el fin su servicio con agua puesta en una jofaina para las abluciones. Pero ella (la mujer pecadora sin nombre de Lc 7, 36-50) le ofreció no el agua exterior sino lágrimas de íntima compunción; ciertamente, continúa el autor, de ninguno de los discípulos o de los varones, sabemos que haya recibido (Jesús) estos obsequios en su humanidad» y más adelante, refiriéndose a las unciones, se asombra y dice: «he aquí que la mujer unge al Santo de los santos... ¿Cuál es esta benignidad del Señor, pregunto, o qué dignidad la de la mujer?... ¿Qué prerrogativa la del sexo más débil es ésta, que al Supremo Cristo, ungido desde su concepción con todos los perfumes del Espíritu Santo (Is 11, 2), le unja también una mujer y le consagre Rey y Sacerdote como se realiza en los sacramentos?»...

Él deposita su confianza en ellas y les encomienda el anuncio más importante de la Historia: «Id, avisad a mis hermanos» (Mt 28, 10), en una sociedad que, por el simple hecho de ser mujeres, no las creía ... Estos signos de Jesús, esta cercanía y relación distinta, son la expresión de un orden nuevo, anuncio y presencia de «una paz que el mundo no puede dar», porque se anticipa, y expresión de un amor que desborda, «hasta el extremo».

---

<sup>28</sup> Abelardo, P. L. 178, Ep. VIII.

Franz Alt hace alusión a la integración que el mismo Jesús efectúa en sí mismo del «ánima», por eso sus relaciones son diferentes y su comunicación llega al núcleo del alma. «Sólo mujeres y hombres que han integrado el ánimo pueden entender al Jesús global que logró esa integración. Mientras las Iglesias sigan siendo puras Iglesias de hombres, lo femenino y las mujeres serán menospreciadas en ellas... Sin embargo con Él las Iglesias podrían ofrecer al mundo la contribución decisiva para su salvación y liberación. En Jesús lo masculino y lo femenino no están en pugna, sino que están amistosamente integrados y reconciliados»<sup>29</sup>... Es decir, Él logra el diálogo interno entre el *ánimus* y el ánimo, y así está perfectamente unificado y equilibrado.

## IX. EL PADRE MATERNO DE JESÚS

Cuando Jesús quiso describirnos cómo es Dios lo expresó con su vida, pero además nos dijo que era Padre; para eso vino a este Mundo y «puso su tienda entre nosotros», para explicarnos quién es el Padre. Nos aseguró que en Él, todos somos hijos y por eso podemos llamarlo, sin temor alguno «Padre nuestro» y nos lo explicó de muchas formas y con muchas imágenes. Pero nos habló de un Padre cargado de rasgos «maternos».

Es el Padre que está pendiente de sus criaturas, aun de las más pequeñas: de los lirios del campo, de los pájaros... más aún, de todos y cada uno de los seres humanos que valen más que la hierba del campo o las aves del cielo (Mt 6, 25 y ss.). Un Dios que libera de la angustia: «no os agobiéis pensando qué vais a comer o beber... Vuestro Padre celeste sabe de qué tenéis necesidad»... No os agobiéis: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados»... (Mt 11, 25 y ss.)...

Nos muestra un Padre lleno de amor y de misericordia, que cuando vio llegar a su hijo pródigo «salió corriendo» y lo acogió «echándosele al cuello y cubriéndolo de besos» (Lc 15, 20). Nos dijo que tenemos un Dios tan

---

<sup>29</sup> Franz Alt, *Jesús, el primer hombre nuevo*, Córdoba 1993, pp. 30. y 32.

cercano, que nosotros, como el mismo Jesús, podemos llamarle «Abbá» con todo el cariño, y descubrir así un Padre cargado de amor, de ternura, misericordia y compasión... con entrañas amorosas. Un Dios capaz de cargar, con toda delicadeza, sobre sus propios hombros a la oveja descarriada, después de haberla buscado con desvelo... Un Dios que busca con desvelo, como aquella pobre mujer (que representa a Dios en la parábola), la moneda perdida (es decir, a cada uno de nosotros)... y de mostrar su alegría convocando a las vecinas para que también se alegren (Lc 15, 8-10)...

Su Reino, el Reino de Dios, se parece a una semilla pequeña, o a la levadura que metió una mujer en medio quintal de harina y todo acabó por fermentar y cambiar... (Lc 13, 20-21). Así de sencillo. Por eso, es un Dios que se revela a los sencillos, a los pequeños (Lc 10, 21) y es precioso observar cómo Jesús «se llenó de gozo (de auténtica alegría) en el Espíritu Santo» precisamente cuando explicaba todas estas cosas. Un Dios paternal con rasgos maternos...

Jesús, El Hijo que «es la imagen del Dios invisible» y «resplandor de su Gloria» así lo vivió. Así, en Él, en su vida y actuación, podemos descubrir los rasgos del Padre, porque Jesús y el Padre «son una misma cosa». Él fue capaz de llorar conmovido por la muerte de su amigo Lázaro y por la ingrata Jerusalén... porque los amaba. Sintió compasión por la multitud hambrienta, se apiadó de los pobres, de los enfermos y de los marginados...

Como decíamos anteriormente, todas sus curaciones son signo de esa compasión misericordiosa y manifestación del consuelo de Dios. Y su predicación, de igual manera promueve la compasión y la generosidad hasta entregar la vida, como Él mismo lo hizo. Y con ello, como dirá Juliana de Norwich (s. xiv), Él, que es nuestra Madre, nos engendró para la salvación, nos alimenta abriéndonos su costado, nos concibe para el gozo de la vida eterna<sup>30</sup> ...

---

<sup>30</sup> Julian of Norwich, *Revelation of Divine Love*, Burns & Oates, Great Britain 1994, cap. 60, y otros.

La reclusa de Norwich entendió también la maternidad de Dios de forma trinitaria, abarcando todas las dimensiones del amor: «Yo entiendo tres formas de mirar la maternidad de Dios. La primera es que Él es el fundamento de nuestra naturaleza. La segunda es donde comienza la gracia de la Maternidad, el asumir Él nuestra naturaleza. La tercera es su Maternidad obrando. En ellas hay una expansión, un acrecentamiento mayor, a lo largo, lo alto y lo más profundo, por esta misma gracia infinita. Y todo es sólo amor, el suyo»<sup>31</sup>.

Ese es nuestro Padre, «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» (II Cor. 1, 3). Algunos exégetas observan que «misericordioso» y «maternal» se dicen en griego con la misma palabra y, para algunos, «vuestro Padre es misericordioso significa: vuestro Padre es maternal»; es Padre y Madre, ama como una madre que «no calcula» que ama con todo el corazón.

Y dice Karl Herbst: «Así pues, el Dios anunciado por Jesús es Padre y Madre, pero no como dimensiones yuxtapuestas, sino fusionadas: Dios es Padre y Madre»<sup>32</sup> y continúa Franz Alt: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» significa: creced, madura, abríos, confiad y amad con el corazón y con la mente. Dios nos ama como una madre ama a sus hijos: sin contraprestación y entrañablemente»...

## X. «GLORIA A LAS DIFERENCIAS» (P. SALINAS)

La terminología y las imágenes de «ánimus»-«ánima» no hay que absolutizarlas, tampoco Jüng lo hizo; las consideró como intuiciones «provisionales», «conceptos intuitivos» que pueden ayudar y desde luego, profundizadas en la psicología personal y social nos pueden llevar por caminos insospechados, porque apuntan hacia hombres y mujeres nuevos/as.

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, cap. 59.

<sup>32</sup> F. Alt, *Jesús el Primer Hombre Nuevo*, Almendro, Córdoba 1993, pp. 116-117.

Como decíamos al comienzo, la cultura china habla del equilibrio entre el «yang y el yin», y otras culturas, por ejemplo la griega, utilizaron los arquetipos míticos... Lo que nos interesa aquí es descubrir que la persona humana tiene por delante caminos interiores intransitados aún desde el punto de vista psicológico y humano, pero que deben ser profundizados desde una fuerte llamada y dimensión espiritual. Es una tarea que la humanidad tiene aún pendiente.

Necesitamos crear un tipo de relaciones nuevas, redescubriendo feminidad y masculinidad, reinterpretando los símbolos y la vida, pero no con la visión romántica de un pasado que, desde luego, tampoco fue mejor, sino desde una reformulación e inculturación, actualmente, muy honda.

Necesitamos «re-animar» la Iglesia, el Mundo, la Tierra misma. Necesitamos encontrar imágenes de Dios que nos ayuden a amarle más, a mejorar este mundo y rehacer la humanidad «a su imagen».

Las mujeres no son ni mejores ni peores que los varones, son diferentes, y desde ahí han de aportar unos y otras para el enriquecimiento del Mundo y de la Humanidad. La falta de esta aportación produce un desnivel peligroso.

Este es un esfuerzo urgente por hacer, porque, además, una Humanidad mutilada y descompensada, no sólo no beneficia a nadie, sino que está abocada a la autodestrucción y al desequilibrio neurótico. «¿Cómo sería hoy el mundo si las mujeres hubieran participado siempre en las decisiones políticas, sociales, sobre la paz, la salud, la economía?»... ¿Cómo será el mundo del mañana si hombres y mujeres se comprometen en mejorarse a sí mismos, en reconocerse como necesarios en la construcción del futuro, en otorgarse mutuamente confianza en justicia, en equidad y en unas relaciones distintas?...

Hemos de recuperar las «dos alas» y así volar, hemos de revitalizar el «ánima» y así re-animar la Tierra; hemos de equilibrar nuestras relaciones para recuperar la salud física y espiritual del Planeta, de la Humanidad. El futuro,

depende de las relaciones y éstas deben brotar del corazón, de un corazón reconciliado.

Como se afirmaba en la Asamblea Ecu­ménica de Basilea '89: «Debemos aprender que nuestra felicidad y nuestra salud no dependen tanto de los bienes materiales, cuanto de los dones de la naturaleza y de las demás criaturas, de las relaciones humanas y de nuestra relación con Dios». Pero estas relaciones han de transformarse profundamente<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> Documentación oficial de la Asamblea Ecu­ménica Europea, «Paz con Justicia», Basilea, 15-21 mayo, 1989, Madrid, 1990, p. 73.